



PERIÓDICUS

ISSN: 2358-0844

n. 21, v. 2  
jan-jul.2025  
p. 181-210

# Masculinidades e interpelaciones feministas en Argentina

*(Masculinidades e interpelações feministas na Argentina)*

*(Masculinities and feminist interpellations in Argentina)*

Guido Vespucci<sup>1</sup>  
Estefanía Martynowskyj<sup>2</sup>  
María Florencia Actis<sup>3</sup>  
Constanza Ferrario<sup>4</sup>

**RESUMEN:** Este artículo es resultado de una investigación sobre el impacto de la cuarta ola feminista en varones cis heterosexuales en la ciudad de Mar del Plata (Argentina). Busca contribuir a las investigaciones que el campo de las masculinidades viene produciendo, las que advierten oscilaciones entre reacciones masculinistas, cinismo, impostura, desconcierto y despatriarcalización. Basado en entrevistas a varones, dialoga con estas producciones, abordando interrogantes vinculados a sus representaciones sobre los feminismos; sus vínculos con mujeres feministas y sus nociones de “patriarcado”, “machismo” y “privilegios masculinos”. Los hallazgos revelan percepciones heterogéneas y también recursivas, empezando por confirmar al feminismo como interlocutor ineludible, identificar versiones moralmente aceptables y otras cuestionables, así como circunscribir violencias de género estructurales al accionar de “hombres machistas”, reconociéndose rara vez en alguna posición dominante.

**PALABRAS CLAVES:** Masculinidades; Feminismos; Sexualidades; Afectos.

**Resumo:** Este artigo é resultado de uma pesquisa sobre o impacto da quarta onda feminista em homens cis heterossexuais na cidade de Mar del Plata (Argentina). Busca contribuir para as pesquisas que o campo das masculinidades vem produzindo, as quais apontam oscilações entre reações masculinistas, cinismo, impostura, perplexidade e despatriarcalização. Baseado em entrevistas com homens, dialoga com essas produções, abordando questões relacionadas com suas representações sobre os feminismos; seus vínculos com mulheres feministas e suas noções de “patriarcado”, “machismo” e “privilegios masculinos”. As evidências revelam percepções heterogêneas e também recorrentes, começando por confirmar o feminismo como interlocutor inevitável, identificar versões moralmente aceitáveis e outras questionáveis, assim como circunscrever violências de gênero estruturais à ação de “homens machistas”, reconhecendo-se raramente em alguma posição dominante.

**Palavras-chave:** Masculinidades; Feminismos; Sexualidades; Afetos.

**Abstract:** This article is the result of research on the impact of the fourth feminist wave on cis heterosexual men in the city of Mar del Plata (Argentina). It seeks to contribute to the research that the field of masculinities

1 Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Licenciado y Profesor en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Actualmente se desempeña como Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Email: guivespucci@yahoo.com.ar

2 Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Actualmente es investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (en espera de efectivización del cargo). Email: estefania\_mdp@hotmail.com

3 Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP); Especialista en Periodismo, Comunicación Social y Género por la UNLP; Especialista en Memorias Colectivas, Derechos Humanos y Resistencias por CLACSO-FLACSO; Profesora y Licenciada en Comunicación (orientación Periodismo) por la UNLP. Email: florenciactis@gmail.com

4 Doctoranda en Antropología Social por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Actualmente se desempeña como becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET/INHUS/UNMDP) y como docente ayudante en la cátedra de Sociología de la Cultura y en diversos seminarios de estudios de género y teoría feminista (Departamento de Sociología – UNMDP). Email: ferrario.constanza@gmail.com



Artigo licenciado sob forma de uma licença Creative Commons [Atribuição 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/). (CC BY-NC 4.0)

Recibió en 01/08/2024  
Aceptado en 26/10/2024

has been producing, which warns of oscillations between masculinist reactions, cynicism, imposture, bewilderment and depatriarchalisation. Based on interviews with men, it dialogues with these productions, addressing questions related to their representations of feminisms; their links with feminist women; and their notions of “patriarchy”, “machismo” and “male privilege”. The findings reveal heterogeneous and recursive perceptions, starting by confirming feminism as an unavoidable interlocutor, identifying morally acceptable and questionable versions, as well as circumscribing structural gender violence to the actions of “macho men”, rarely recognising themselves in any dominant position.

**Keywords:** Masculinities; Feminisms; Sexualities; Affections.

## Introducción

En junio de 2015, en Argentina, la movilización masiva de mujeres y disidencias contra las violencias de género, bajo el lema “Ni Una Menos”<sup>5</sup>, abrió un ciclo de manifestaciones e instaló en la agenda pública diversos problemas vinculados al género, las sexualidades y su relación con la violencia, que algunas autoras caracterizaron como una “cuarta ola feminista” (Natalucci; Rey, 2018). En ese contexto, tuvieron lugar diversas problematizaciones, entre las que destacan los cuestionamientos e interpelaciones a las masculinidades identificadas como “hegemónicas”, por su papel en la (re)producción de desigualdades y violencias de género. Actualmente, estos cuestionamientos conviven con reacciones antifeministas nucleadas en contra de la llamada “ideología de género” y en defensa de un orden “natural” basado en la familia y la complementariedad de los sexos, que trascendieron las fronteras de lo religioso y lo secular (Vaggione, 2021).

Sin embargo, estos debates por el rol de los varones y de la masculinidad en la subordinación femenina, su lugar en los feminismos y sus posibilidades de transformación, no son novedosos. Si bien se han reactivado con cierta intensidad a partir de la cuarta ola, han sido temas centrales en los feminismos y en el campo de estudio de las masculinidades, desde sus momentos germinales, con posturas heterogéneas y en algunos casos contrapuestas. No obstante lo cual, como señala bell hooks (2017), “la teoría feminista no solo no abordaba de manera efectiva la cuestión de qué pueden hacer los hombres para ser antisexistas sino que tampoco explicaba en qué consistiría una masculinidad alternativa; y ello alejó, de forma preocupante, a muchos hombres y mujeres” (96).

El contexto actual se torna propicio entonces para volver sobre estas cuestiones sobre las que aún hoy no hay demasiada reflexión y generan cierta resistencia. Esto se expresa, por ejemplo, en la desconfianza -muchas veces fundada- hacia los varones que se posicionan como “aliados feministas” (Vespucci; Martynowskyj; Ferrario, 2023) y en la preocupación por una “patrimonialización” del feminismo por parte de los hombres, reemplazando acciones de transformación concretas por una tendencia a la “teorización académicamente correcta” (Azpizu

<sup>5</sup> Las primeras movilizaciones del “Ni Una Menos”, convocadas a través de redes sociales, tuvieron lugar el 3 de junio de 2015 en múltiples ciudades de Argentina, a partir del femicidio de Chiara Páez, una adolescente de 14 años asesinada por su novio de 16 años, Manuel Mansilla, luego de que se negara a abortar, en la ciudad santafesina de Rufino.



Carballo, 2017, p. 92). Por su parte las respuestas de los varones frente al avance de los lenguajes y demandas feministas también han sido y son diversas, oscilando entre las reacciones masculinistas, el involucramiento en los proyectos feministas de liberación/despatriarcalización, el desconcierto, la impostura y el cinismo (Hooks, 2017; Jones; Blanco, 2021; Sánchez; Viale, 2021).

El siguiente artículo presenta algunos hallazgos de una investigación en curso que busca indagar en una serie de problemas en torno al impacto de la cuarta ola feminista en las representaciones y prácticas sexo-afectivas de varones cis heterosexuales<sup>6</sup>. Algunos de los interrogantes centrales apuntan a identificar cuáles son las matrices de sentido que incorporó la cuarta ola sobre las masculinidades y el campo de las relaciones de género en su dimensión sexual y afectiva; cuáles son las representaciones de varones cis heterosexuales acerca de la misma y cómo se reflejan en sus relaciones íntimas, y qué cambios y continuidades se advierten en sus percepciones y prácticas sexo-afectivas antes y después de esta nueva ola.

Con estos objetivos, se diseñó una investigación de carácter cualitativo basada en 23 entrevistas en profundidad a varones cis heterosexuales de entre 20 y 55 años de edad, de clase media y con diversos capitales culturales, residentes en la ciudad de Mar del Plata, para explorar prácticas y significados en torno a sus relaciones sexo-afectivas y sus percepciones sobre dicho ámbito antes y después de la cuarta ola feminista<sup>7</sup>. Las entrevistas fueron realizadas bajo consentimiento informado por los/as integrantes del proyecto, durante el año 2022 en Mar del Plata. Los nombres utilizados han sido modificados para resguardar la identidad de los sujetos. El instrumento consistió en un cuestionario semi-estructurado de respuesta abierta y se compuso de cinco ejes centrales: Perfil socio-demográfico; Familia; Homosociabilidad; Sexualidad; Cuarta ola feminista.

Para el presente artículo, seleccionamos el último eje relativo a la cuarta ola feminista, que buscó indagar en una serie de dimensiones e interrogantes tales como: cuáles son sus percepciones sobre los feminismos, y en particular sobre la cuarta ola; qué interpretaciones y valoraciones manifiestan con respecto a las representaciones que tendría el feminismo sobre los varones; cómo son los vínculos (si es que los hay) con mujeres feministas -o consideradas por ellos como

6 En el marco del proyecto financiado por la Universidad Nacional de Mar del Plata, titulado “Sexualidades y masculinidades en la cuarta ola feminista: explorando cambios y continuidades en las representaciones y prácticas sexo-afectivas de varones cis heterosexuales”, dirigido por Guido Vespucci y codirigido por Estefanía Martynowskyj, e integrado por María Florencia Actis, Constanza Ferrario, Emilio Archimio y Cristian Alejandro Icon Darouiche, desarrollado durante 2022-2023.

7 Complementariamente, venimos realizando un análisis cualitativo de los discursos que se producen y circulan en redes sociales de referentes y organizaciones feministas, para detectar la producción y circulación de discursos y valoraciones sobre las relaciones de género – particularmente sobre la dimensión sexo-afectiva– y el rol de los hombres cis heterosexuales en las mismas, con el objeto de delinear un marco interpretativo hegemónico (Vespucci; Martynowskyj; Ferrario, 2023).



feministas-, y qué relación tiene esto con respecto a sus percepciones y al grado de involucramiento frente a las premisas y movilizaciones desplegadas en el marco de la cuarta ola; cuáles son sus representaciones y/o el conocimiento que detentan acerca de nociones como “patriarcado” o “machismo”; y, por último, si reconocen privilegios por su posición e identificación masculina y si creen que ejercen opresiones masculinistas.

### Algunas claves conceptuales para el estudio de las masculinidades

La renovada discusión acerca del rol de los varones y, particularmente, sobre qué representa “lo masculino”, revitalizó el campo de estudios sobre masculinidades en Argentina, recuperando y dialogando con trabajos pioneros surgidos en distintas latitudes, tanto desde investigaciones localizadas como de reflexiones y revisiones teóricas a la luz del clima de la cuarta ola (Fabbri, 2021).

Los estudios sobre masculinidades o Men’s Studies surgieron en los países anglosajones entre las década de 1970 y 1980, al calor de la conceptualización del patriarcado, durante la segunda ola feminista, entendido como un sistema de dominación masculina erigido sobre el control de la sexualidad y la reproducción de las mujeres, a quienes oprime como clase (Barry, 2010), y de su posterior cuestionamiento de la mano de los feminismos negros, decoloniales y queer. Desde estas perspectivas, señalaron lo problemático de pensar en términos de una opresión que afectaría por igual a todas las mujeres, y pusieron en cuestión al sujeto político del feminismo al sostener que la categoría Mujer no se puede invocar irreflexivamente sin simplificar y esencializar las desigualdades -moldeadas por otros marcadores como la clase, la raza, la nacionalidad, etc.- y la forma en que se reproducen las estructuras de poder. En este contexto, también fue cuestionada la idea del “hombre como enemigo común”, lo cual permitió el establecimiento de alianzas con varones en las luchas antirracistas, antimperialistas y antisexistas.

Los Men’s Studies plantearon que la masculinidad tampoco era una identidad, ni una esencia definida por la biología o por la personalidad, sino que se trataba de un *proyecto de género*, es decir, un proceso de configuración de la práctica de género que se transforma con el tiempo y que se relaciona con otras marcaciones estructurales, como las de racialidad y clase social. Así concebida, la masculinidad es “al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (Connel, 2003, p. 108). Por lo tanto, resulta más preciso hablar de masculinidades en plural y prestar atención tanto a las variaciones contextuales e históricas como a las diversas relaciones de



alianza, dominación y subordinación que tienen lugar entre varones.

El concepto de masculinidad hegemónica, se propuso entonces como una herramienta útil para analizar las jerarquías basadas en la construcción social de la diferencia sexual y fue definida como “la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connel, 2003, p. 117). Desde esta perspectiva se sostuvo que si bien no todos los hombres encarnan esta masculinidad, todos obtienen un “dividendo del patriarcado en términos de honor, prestigio y del derecho a mandar. También ganan un dividendo material” (Connel, 2003, p. 120).

Con el correr de los años, el concepto de masculinidad hegemónica ha ido perdiendo filo analítico al traducirse en diversas investigaciones como una serie de rasgos que serían característicos de los “varones machistas”, perdiendo de vista su carácter histórico y procesual, así como descuidando el análisis de las masculinidades subalternas y de la relación entre poder y vulnerabilidad (Connel; Messerschmidt, 2021). En relación con esto último, Michael Kimmel (1997) afirmó que la masculinidad requiere de la renuncia a lo “femenino”, ya que “admitir debilidad, flaqueza o fragilidad, es ser visto como un enclenque, afeminado, no como un verdadero hombre” (Kimmel, 1997, p. 54). La necesidad de aprobación homosocial y el permanente escrutinio de los pares, sería aquello que habilita la pertenencia al colectivo de los hombres y la propia identidad masculina, pero a la vez lo que produce una intensa competencia inter-género y diversos riesgos.

Otras autoras propusieron que la masculinidad opera como una pedagogía de la crueldad que anula la empatía en los varones y los transforma en las primeras víctimas del patriarcado -sin jerarquizar opresiones ni equiparar el dolor de los hombres con las formas sistemáticas de opresión sobre las mujeres- (Hooks, 2004; Segato, 2018). Siguiendo esta perspectiva que considera el poder, pero también el dolor, Michael Kaufman (1995) señaló que las experiencias de los hombres con el poder son contradictorias ya que “el poder social de los hombres es la fuente de su poder y privilegios individuales, pero también es la fuente de su experiencia individual de dolor y alienación” (Kaufman, 1995, p. 1). Por ello, este dolor puede servir para reproducir el poder de los hombres y las jerarquías de género, o para su transformación.

En América Latina, los estudios de masculinidades, como campo, florecieron más tardíamente en la década de 1990, y tuvieron como hito fundacional a la Conferencia Regional “Masculinidades y equidad de género en América Latina”, realizada en Chile en 1998, donde se presentaron investigaciones pioneras sobre la identidad masculina en distintos países de la región



(Madrid *et. al.*, 2020)<sup>8</sup>. Estos primeros estudios se articularon en torno a “la pregunta sobre cómo estaban construidas socialmente las masculinidades, y su relación con temas tales como el trabajo, la sexualidad, la reproducción, la paternidad y la violencia” (Aguayo; Nascimento, 2016, p. 208). Todos los trabajos presentados en la Conferencia estuvieron atravesados por la pregunta acerca de cómo producir cambios en la masculinidad hegemónica. En los veinticinco años que pasaron desde ese evento, el campo de estudios de masculinidades ha multiplicado sus investigaciones, encuentros e intercambios, profundizando el conocimiento sobre diversas temáticas “desde las identidades, pasando por el trabajo, la sexualidad, la corresponsabilidad, la violencia, la persistente subordinación de hombres homosexuales, entre otros” e incorporando temas relevantes como la investigación sobre políticas públicas, lo cual permitió articular trabajo académico e intervenciones sociales (Madrid *et. al.*, 2020, p. 22).

### Los feminismos desde el punto de vista de los varones

La revitalización feminista es algo que no ha pasado desapercibido para ninguno de los entrevistados. Sus lenguajes, demandas e interpelaciones y su institucionalización, han cuestionado el orden de género hegemónico, alentando y produciendo cambios que impactaron de manera directa sobre los varones. Este impacto se ha visto profundizado en el contexto de los vínculos de los varones con mujeres de sus entornos cercanos, generalmente íntimos/familiares, que se reconocen feministas o que defienden los derechos de las mujeres. Sin embargo, los sentidos que atraviesan este clima de época no son transparentes ni uniformes, sino objeto de caracterizaciones ambiguas, incomprensiones, tensiones y valoraciones contrapuestas.

Así, cuando les preguntamos a los entrevistados qué pensaban del feminismo, la mayoría lo caracterizó como un movimiento que persigue la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, lo que valoraron como un horizonte de transformación positivo y necesario. Adrián, un programador de 24 años, soltero y sin hijos, lo definió de este modo: “yo creo que es un movimiento que defiende la igualdad y los derechos de la mujer, y me parece perfecto”. En la misma línea Mateo, un profesor de matemáticas de 26 años, soltero y sin hijos, afirmó: “Lo veo como un movimiento muy bueno. La verdad que me gusta el hecho de que se pongan en igualdad de condiciones los géneros

<sup>8</sup> Esto ocurrió en un contexto en el cual confluyeron tanto cambios conceptuales -que se plasmaron en el pasaje de los estudios de mujeres a los estudios de género, incorporando una perspectiva relacional y a los hombres como objeto de estudio-, como gubernamentales -expresados en instrumentos internacionales como la declaración de la CEDAW (1979) y las plataformas consensuadas en las Conferencias Mundiales sobre la Población y el Desarrollo de El Cairo (1994) y sobre la Mujer de Beijing (1995) que señalaron la necesidad de “trabajar con los hombres para alcanzar las metas de no discriminación, de igualdad y de autonomía de las mujeres” (Madrid *et. al.*, 2020: 15)-. Asimismo, fue relevante “el desarrollo de grupos de hombres interesados en transformar sus prácticas en las relaciones de género, por considerar que éstas eran fuente de opresión e insatisfacción no sólo para las mujeres sino para ellos mismos” (Viveros Vigoya, 2002: 52).



y que de una vez por todas se termine con la desigualdad”. Hubo incluso algunos entrevistados que no dudaron en subrayar la importancia de la institucionalización feminista a partir del despliegue de políticas públicas con perspectiva de género como la Ley Micaela<sup>9</sup>.

A pesar de esta valoración positiva, la mayoría también estableció una clara diferenciación entre lo que podríamos llamar un “buen” y un “mal” feminismo y, en consecuencia, entre “buenas” y “malas” feministas. Mientras que dentro del primer grupo estarían ubicadas aquellas mujeres que “realmente” persiguen la igualdad de derechos, en el segundo se encontrarían las mujeres “radicalizadas” y “fanatizadas”. De modo tal, en diversas respuestas, los entrevistados manifestaron su descontento frente al feminismo en su versión considerada “extrema”. Este fue el caso de Fernando, un estudiante de administración de 25 años, sin hijos y en pareja, quien expresó:

Para mí las formas extremas de... o sea, sí banco que seas feminista, que defiendas tus derechos, incluso no solo siendo feminista, puede pasar con otro tipo de movimiento, me encanta que defiendas tus derechos, todo, pero cuando pasa a un nivel de fanatismo, ya como que no.

Con un sentido similar, Gastón, de 27 años, soltero y sin hijos, que viaja de manera recreativa y se desempeña en trabajos ocasionales, respondió:

Pienso que todos los extremos son malos, desde ya, tanto pensamientos políticos como lo que sea (...) Un poco me choca ver a las minas bailando en bolas que pintan, escrachan, si hay un chabón en la marcha “no, qué hacés acá, esto es una marcha de mujeres”, y pero pará, flaca, estoy tratando de ayudarte, o sea, no ayudarte, pero estoy tratando de que la gente piense un poco menos machista y sea todo más equitativo. Entonces los extremos esos me enojan y muchas veces hacen quedar mal a todo el movimiento solo por un grupo reducido, quizás sea un grupo reducido el que hace todo eso así. Pero quizás eso mancha un poco a todo el movimiento.

De este modo, la mayoría de las respuestas a esta pregunta refirieron a prácticas concretas que llevarían a cabo algunas feministas y que “mancharían” o “ensuciarían” al resto del movimiento, es decir al “buen” feminismo. Dentro de estas prácticas las más recurrentes en los relatos fueron aquellas que referían al desnudarse en la vía pública, a la destrucción o el daño de bienes públicos y el considerar a todos los hombres como violentos y/o machistas. Reivindicando esta postura crítica, Camilo, un empleado de comercio y comerciante autónomo de 30 años, en pareja y sin hijos, manifestó:

Me parece que el feminismo está bárbaro pero empiezan a tener partes oscuras cuando entra por ahí el fanatismo (...) Me parece que a lo largo de la historia siempre hubo mujeres que lucharon por cosas, derechos o cuestiones. Y quizás ahora está por ahí hasta mal usado, o que por un pequeño grupo el resto de la sociedad lo ve como algo malo, cuando no debería ser así, como que ensuciaron el nombre del feminismo (...) Yo creo que la parte del fanatismo que no comparto es la destrucción de cosas públicas.

9 La Ley 27.499, conocida como Ley Micaela, fue promulgada el 10 de enero de 2019. Establece la capacitación obligatoria en género y violencia de género para todas las personas que se desempeñan en la función pública en todos sus niveles y jerarquías en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Nación.



Además de caracterizar al “mal” feminismo como “extremo” o “radicalizado”, otro de los entrevistados, Pedro, un programador de 25 años, soltero y sin hijos, manifestó que este se habría “manchado” y por ende alejado de las verdaderas búsquedas de igualdad entre varones y mujeres, a partir de su contacto con la política, fundamentalmente con la izquierda. Este tópico es central en el clima de ideas de la reacción contra la “ideología de género”, que se había reactivado durante el debate por la legalización del aborto. Luego del triunfo electoral de La libertad avanza, la coalición de extrema derecha liderada por Javier y Karina Milei, en diciembre de 2023, se volverá más evidente a partir de la caracterización del feminismo como “marxismo cultural”:

Pienso que está por ahí muy manchado por el tema de la política, siendo que por ahí se quiere una cosa, pero está tan llevado a... yo pienso en el feminismo y también pienso en el zurdaje, pienso en la izquierda, entonces como que está tan llevado hacia un movimiento político que ya directamente no me gusta el movimiento en sí por lo politizado que está y a mí no me gusta tampoco la política.

Por su parte, en una particular lectura analítica respecto del fenómeno, dos de los entrevistados destacaron la existencia de cierto feminismo “lavado” o “mainstream”, al cual definieron como vaciado del contenido de los debates más teóricos o académicos y provisto solamente de algunos consignismos que se trasladarían al ámbito de los consumos culturales masivos. Dentro de esa postura podemos ubicar la reflexión crítica de Joaquín, un estudiante y empleado administrativo de 24 años, soltero y sin hijos:

Me hace muchísimo ruido y no soy muy fan de la movida híper capitalista feminista que impulsan los medios, las series, las películas y eso, pero es como el feminismo pop, por decirlo así, que pierde de vista la ideología feminista solamente para hacer lo que vende en realidad. Pero al mismo tiempo es el feminismo que llega más popularmente, así que creo que es mejor que nada también.

En un segundo orden de argumentación, se encuadran las respuestas de otros dos entrevistados, quienes estimaron oportuno denunciar y criticar algunos discursos feministas dicotómicos que ubican a los varones como victimarios y a las mujeres como víctimas. En esa clave interpretativa se pronunció Nicanor, un Licenciado en Educación Física de 30 años, divorciado, en pareja y con una hija:

Adhiero a la gran mayoría de las cuestiones que se plantean, porque aparte son gente que las conoce de fondo, o sea, son gente que verdaderamente las entiende o las problematiza. Sí es un tema cuando se habla de estos conceptos y simplemente son superficiales, entender que... no quiero decir ninguna premisa, pero por ahí el feminismo es eliminar a todos los hombres, que por el hecho de ser hombre ya sos culpable, o por el hecho de ser mujer ya sos víctima.

En paralelo a las críticas a lo que podríamos caracterizar como la matriz punitiva de ciertos feminismos, también hubo un porcentaje minoritario de entrevistados que reprobaron aquello



que definieron como la “policía moral” de los feminismos. Entendiendo por esto una vigilancia feminista constante que estaría encargada de señalar, en cada circunstancia, qué es lo “correcto” y lo “incorrecto” y a la que estos entrevistados también identifican como un “consignismo lavado de cierto feminismo” (Brian, 25 años, abogado, soltero y sin hijos).

Asimismo, resulta un dato llamativo que al preguntarles si conocían o tenían vínculos con feministas, todos ellos afirmaron tener algún tipo de relación con mujeres que defendían la igualdad de género o los derechos de las mujeres, pero, sin embargo, no todos las caracterizaron como feministas. Algunos de los entrevistados restringieron esa categoría solamente a las “extremistas”. En esa dirección, Gastón aclaró:

Es que, ponele... quizás no son tan militantes, eso puede llegar a ser, que no son tan militantes y no tienen un pañuelo verde en todos lados, pero sí piensan de esa forma, no es que piensan de esa forma, pero sí defienden esos ideales. Pero no son así tipo “esto es todo re machista”, no.

Dentro de los vínculos más frecuentes con feministas, se destacó la relación con parejas, familiares cercanas como hermanas, amigas y compañeras de trabajo. Y en algunos casos, los entrevistados manifestaron que los vínculos con esas mujeres habían contribuido en sus procesos de aprendizaje y deconstrucción. Esto no es un hecho menor, ya que nos indica que las interpelaciones o llamados ideológicos no son efectivos para construir adhesiones a un ideario político si no se corresponden con las experiencias próximas de los sujetos. Más bien, la posibilidad de construir un lazo político o adhesión ideológica con un movimiento como el feminismo, sus lenguajes y demandas, requiere de “un anudamiento exitoso entre la convocatoria política y la estructura de acogida -definida por las experiencias vitales- de esa convocatoria” (SEMÁN; WELSCHINGER, 2024, p. 167). Así, el contacto de estos varones con mujeres que forman parte de sus redes de sociabilidad y que o bien se reconocen como feministas o reaccionan (de maneras diversas) a lo que consideran injusticias de género sin encuadrarse necesariamente como feministas, permite que se involucren de manera reflexiva, aunque sea parcialmente, con ciertos discursos sobre la igualdad, la violencia de género y la masculinidad.

El hecho de que todos nuestros entrevistados manifestaran tener contacto cotidiano con feministas y/o demostraran conocer algunas de sus consignas o demandas se diferencia notablemente de lo identificado en otras latitudes. Por ejemplo, el investigador Michael Flood (2022), a partir del análisis de encuestas realizadas en Estados Unidos y Reino Unido, encontró que un gran porcentaje de varones desconocía por completo la campaña del #MeToo. Además, entre aquellos que afirmaban haber escuchado “algo” sobre la campaña, nunca habían conversado con nadie sobre ella. Flood advierte sobre la posible sobreestimación de los efectos de la campaña



del #MeToo entre los varones, lo cual contrasta con el impacto que parece haber tenido la difusión del feminismo y sus consignas en Argentina.<sup>10</sup>

### Qué ves cuando me ves: los varones en el espejo del feminismo

Al preguntarles si habían participado o participarían de alguna marcha o movilización feminista, la mayoría respondió que nunca había participado, aunque cinco de ellos afirmaron sí haberlo hecho. Entre las principales razones expuestas por aquellos que no participaron se encontró, en primer lugar, la convicción de que no es un espacio pertinente para varones o que al menos dudaban de que lo fuera; en segundo lugar, la falta de interés en cualquier tipo de movilización o marcha, sea feminista o de otra índole; y en tercer lugar, la presunción de que, pese a nunca haber ido, no tendrían ningún problema de hacerlo en el futuro.

Dentro del primero de estos tres grupos de respuestas, algunos entrevistados admitieron haberse preguntado en el pasado si era correcto o no que participaran. Frente a ese interrogante, varios de ellos señalaron haber tenido conversaciones con feministas cercanas que les “explicaron” por qué no debían participar. Mateo lo expresó de la siguiente manera:

Mateo: Yo una vez le pregunté, no porque quería ir sino porque había escuchado que la marcha feminista si eras hombre que no vayas, algo por el estilo. Y me dice “porque no es su lucha”, eso me dijo mi ex novia, “es una lucha nuestra, entonces nosotras preferimos que ustedes respeten desde otro lado, que dejen de hacer bromas machistas, que dejen de mandar fotos de minas en pelotas por WhatsApp, todo ese tipo de cosas, que apoyen desde ese lado, no que se hagan ver en la marcha feminista porque no es la idea”.

Entrevistadora: ¿Y vos compartiste esa idea o tenés alguna diferencia?

Mateo: No, yo comparto totalmente, es su lucha, no es la nuestra y nosotros tenemos que respetarlo de ese lado, es lo que ellas eligen.

En consonancia con este testimonio, otros entrevistados también reconocieron la importancia de ceder el protagonismo a las mujeres en el espacio público. En ese mismo sentido se expresó Ramón, un docente universitario de 38 años, en pareja y sin hijos:

Me parece que no es un lugar en el que debería estar. Me parece que una de las cuestiones de fondo del feminismo tiene que ver con el lugar que ocupan ciertas identidades en el espacio público, entonces en algunas ocasiones hay que correrse.

Si bien la mayoría de los que manifestaron no haber participado de las marchas pueden ser encuadrados dentro de lo que se denomina como una postura de “acompañamiento silencioso” (Jones; Blanco, 2021), percibido como una demanda de las feministas cercanas, otros manifestaron haber adoptado esta posición dado que “ni las propias feministas” se ponían de acuerdo en lo que

<sup>10</sup> En una encuesta estadounidense realizada en 2018 en la que respondieron varones de entre 18 a 55 años el 41 % afirmó no haber oído hablar del Me Too. En otra en el mismo país y con los mismos rangos etarios, casi un 25 % respondió lo mismo. En la misma dirección, en una encuesta realizada en Reino Unido en 2018, el 57 % afirmó no haber oído hablar del Me Too



refiere al lugar que deberían ocupar los varones dentro del movimiento. En torno a esta idea, Javier, un ingeniero y docente universitario de 42 años, en pareja y sin hijos reconoció:

No me he sumado a las marchas porque entiendo que todavía entre ustedes no están de acuerdo en cómo tiene que ser nuestra participación, algunas la rechazan, otras no. Entonces acompaño en la intimidad, trato justamente de no decir nada, justamente de no participar para que no se generen disputas entre ustedes.

La reacción de Javier no es extraña ya que, en consonancia con la pluralidad de feminismos en el contexto de la cuarta ola en Argentina, hay espacios y referentes feministas que promueven la participación de los varones en marchas y movilizaciones en tanto “aliados”, mientras que otras la rechazan (Jones; Blanco, 2021). Estas tensiones tienen una larga historia en el movimiento feminista, en el cual no ha habido consenso sobre el lugar que deberían ocupar los varones.

Durante la segunda ola, en el contexto anglosajón se pueden distinguir dos perspectivas en este sentido. Por un lado, las feministas radicales que propiciaban no sólo un espacio de organización autónomo respecto de los partidos de izquierda<sup>11</sup>, sino también una política separatista respecto de los varones en general, por considerarlos sujetos esencialmente privilegiados; beneficiarios económicos, sexuales y psicológicos del sistema patriarcal<sup>12</sup>. Por el otro, las feministas que pertenecían a diversas minorías concebían al feminismo como un movimiento plural de lucha contra todas las opresiones -de raza, clase, identidad sexual, etc.- que, lejos de excluir apriorísticamente a los hombres por su condición de género, debía tender a construir estrategias de coalición con ellos. Desde esta perspectiva, el propio feminismo fue resignificado como un lugar donde los hombres pudieran aprehender dinámicas sociales más igualitarias y construir masculinidades feministas (Hooks, 2017; Arruza, Bhattacharya, Fraser, 2019).

En el ámbito local, tampoco hubo una posición unificada respecto del lugar que debían ocupar los hombres o del tipo de relación que debían mantener unas con otros. Catalina Trebisacce (2019) identifica dos posturas/grupos: las “autónomas” o “puras” y las “políticas”.

En el primer caso<sup>13</sup>, se trataba de un grupo fuertemente influenciado por prácticas y lecturas del feminismo radical donde el feminismo era concebido como un espacio de concienciación entre mujeres, independiente de los hombres y de sus instituciones sociales, culturales y político-partidarias. Vale mencionar que, más allá de esta política excluyente, las “autónomas” supieron tejer alianzas estratégicas con varones del Frente de Liberación Homosexual, encontrando en las

11 Para esta vertiente del feminismo, los partidos de izquierda replicaban al interior de sus espacios la división sexual del trabajo, marginaban las preocupaciones de las mujeres y soslayaban el género y el sexismo como ejes de análisis de la opresión (Ciriza y Rodríguez, 2004-2005).

12 Una deriva de esta perspectiva feminista, extremó sus postulados al afirmar que los hombres, ya sea por naturaleza o por adscripción cultural, son ontológicamente depredadores, agresivos, tanáticos, opresores y portadores de una sexualidad violenta (Osborne, 2010).

13 Integrado principalmente por la Unión Femsita Argentina y el Movimiento de Liberación Femenina.



representaciones patologizantes de la sexualidad femenina y gay masculina, una causa común.

El segundo grupo, el de las “políticas”, pese a estar conformado por militantes que han explorado el feminismo desde dentro de estructuras político-partidarias de izquierda, lideradas por hombres<sup>14</sup>, y desde marcos teóricos que privilegiaban la relación género-clase, también estuvo permeado por conceptos del feminismo radical que reconocían una especificidad de la experiencia femenina de opresión, más allá de la clase. Tal es así que en varias comunicaciones de prensa realizadas por estas mujeres se advierte una experiencia de militancia paradójica y una crítica recurrente a los varones como grupo social, que también alcanzaba a los propios compañeros del partido (Trebisacce, 2019).

A esta heterogeneidad de posturas dentro del feminismo sobre el lugar de/para los varones cisheterosexuales, corresponde una heterogeneidad de reacciones por parte de estos y una falta de claridad respecto a lo que piensan las feministas sobre ellos, en tanto varones, y a las transformaciones que se les demandan.

En esta investigación, cuando les preguntamos a los entrevistados “¿qué crees que piensan las feministas de los varones?”, las respuestas se movieron entre dos polos: el reconocimiento de las heterogeneidades de los feminismos y de las representaciones feministas sobre los varones y su homogeneización y caricaturización.

Algunos afirmaron que la representación de las feministas sobre los varones depende de su “grado de radicalización”, puntualizando sobre la postura más extrema que llevaría a algunas a odiar a los varones:

Supongo que hay muchas feministas y de muchas opiniones y creo que hay un poco... lo que veo es... no sé, porque los varones en general... yo creo que ponen a todos en esa bolsa del machista, del macho: “son todos así”... Y, yo creo que sí, como todo, hay extremos y capaz que hay feministas que creen que el hombre es el enemigo (Ismael).

Yo no conozco todas las líneas del feminismo pero entiendo que hay una línea por ahí más radical... no sé si en el 100% de esa corriente, pero hay sectores que expresan públicamente cierto odio hacia lo masculino (Nathel).

Para uno de los entrevistados, incluso, la causa de esta radicalización se explica en relación con la historia de vida de las mujeres. Es decir, en función de experiencias y situaciones traumáticas o de violencias que se imagina que han sido vividas por estas mujeres:

Yo creo que la persona que va a tirarle piedras a la catedral, seguramente esa persona en algún momento de su vida habrá recibido algún daño muy grande por parte de la sociedad o de su familia, un tío y seguramente tiene tanto mal adentro, tanto odio que esa es su manera de expresarlo. En cambio una feminista que siempre fue querida o recibió afecto, no creo que... O sea, yo no creo que Marti (se refiere a la novia) como feminista me tenga rencor a mí, pero sí por ahí esta otra persona. Entonces es difícil. La respuesta sería: según la feminista. (Camilo).

<sup>14</sup> Las experiencias más significativas fueron Muchacha, perteneciente al Partido Socialista de los Trabajadores, y el Movimiento Feminista Popular, perteneciente al Frente de Izquierda Popular.



La representación de las mujeres feministas como lesbianas que odian a los hombres, se remonta a la segunda mitad del siglo XX en el contexto de la llamada “segunda ola” (SCOTT, 2000) y aunque entre las feministas han existido facciones antihombres, siempre han sido minoritarias y confrontadas por otras feministas con perspectivas no esencialistas del poder y la dominación. Sin embargo, la persistencia de esta imagen negativa de las feministas opera como un fundamento que les permite a muchos hombres “desviar la atención de su responsabilidad en el mantenimiento de la dominación masculina” (Hooks, 2017, p. 96).

Otros entrevistados oponen a la idea de las feministas que odian a los “varones” en tanto que una identidad cerrada y estable, el rechazo feminista a los varones machistas, cuyas prácticas son social, histórica y culturalmente situadas. Esta lectura habilita a los entrevistados a reconocer la legitimidad de la lucha por la igualdad formal, tanto de varones como de mujeres, al mismo tiempo que les permite posicionarse en un lugar respetable, distinguiendo moralmente a los varones “que acompañan a la mujer” y que son “justos y buenos”, de los machistas que intentan oprimirlas y las tratan mal y de manera injusta:

Una persona feminista no piensa mal del varón, piensa mal del macho en sí. El varón es solo un género que acompaña a la mujer, pero el machista ya es otra clase de persona que las trata de oprimir en vez de acompañar (...) el feminismo en sí lo que plantea es que todos somos iguales en la vida, todos los seres humanos somos iguales. Eso es lo que abraza el feminismo, que no haya privilegios para uno y opresión para otros. Algo que sea tan extremo tampoco es bueno ni es sano (Gustavo, 44 años, trabajador de la construcción, soltero y con hijas adolescentes).

La verdad que no sé qué piensan, porque no estoy en ese movimiento. Yo calculo que quieren que seamos... no sé si buenos es la palabra, que seamos justos, que no les arruinemos la vida básicamente. Porque hay muchos varones que se dedican a hacerles mal a las mujeres (Mateo).

Como podemos advertir, el sentido con que la mayoría de los entrevistados perciben las críticas feministas a la masculinidad hegemónica y a los varones, está asociado a un lenguaje moral de varones “buenos” y “justos” versus “machistas”, con su reverso de feministas “odiadoras” y “fanáticas”, que les permite posicionarse como varones respetables, pero les impide reparar en la dimensión estructural de las desigualdades de género. Sin embargo, también podemos pensar que esta identificación moral se produce a partir de la articulación entre ciertos discursos feministas de carácter victimista y punitivo y las experiencias de algunos varones en contextos de diálogos frustrados, cancelaciones y escraches que no dejaban demasiado lugar para plantear diferencias, desacuerdos o matices:

No teníamos voz nosotros, era escuchar y era la época de los escraches y mucha gente expulsada de ámbitos estudiantiles por esto (Brian).

Joaquín: Me acuerdo de intentar hablar del tema con algunas compañeras de género, del centro de estudiantes y que justo me tocaran compañeras que eran más tirando para la onda rad fem y que me sacaron re contra re cagando.



Entrevistado: ¿No te dejaron participar querés decir, o no quisieron hablar con vos?  
Joaquín: Sentir que cualquier cosa que dijera la tenía que decir con muchísimas pinzas porque si yo decía la palabra equivocada me iban a saltar al cuello y de golpe se iba a desvirtuar todo el discurso que estaba intentando generar.

Si bien es posible identificar una interpelación a los varones por parte del movimiento feminista y una receptividad considerable a sus reclamos, no debemos apresurarnos a sobreestimar ni a homogeneizar sus efectos, ni perder de vista que dicha receptividad ocurre, en gran medida, debido a la sintonización de los reclamos feministas con las experiencias de los entrevistados en sus vínculos con diversas mujeres, generalmente de sus círculos ítimos/próximos. A juzgar por los resultados preliminares de la investigación, se pone de relieve un cierto tipo de moralidad en el discurso de los entrevistados en donde aprueban -a la vez que buscan ser aprobados por- un feminismo “bueno”, “sano”, “no tan militante”; mientras rechazan otro feminismo radicalizado, “fanatizado” y sobre-ideologizado, practicado por las “malas feministas”. Un discurso moderado que podemos pensar ligado al desconcierto generado por el rápido corrimiento de los límites de lo tolerable y aceptable en el orden de género (Jones; Blanco, 2023), y al temor latente de ser cancelados por “malos hombres”.

### Del patriarcado a los privilegios masculinos

Si, como hemos visto hasta aquí, el lugar de los varones cis heterosexuales dentro del feminismo y sus horizontes de transformación no es un debate saldado, tampoco lo es su papel en la reproducción de la subordinación femenina. Desde la perspectiva del feminismo radical, el patriarcado es el sistema de opresión primario, articulado en torno al dominio sexual de los varones y la subordinación de las mujeres, “una institución en virtud de la cual una mitad de la población (es decir, las mujeres) se encuentra bajo el control de la otra mitad (los hombres)” y que “se apoya sobre dos principios fundamentales: el macho ha de dominar a la hembra, y el macho de más edad ha de dominar al más joven” (Millet, 1970: 34). En palabras de Firestone (1976) “las clases sexuales nacieron directamente de una realidad biológica: hombres y mujeres fueron creados con distinta configuración y diversidad de privilegios” (8), de modo que en el sistema patriarcal la opresión de las mujeres tiene un origen material que se reproduce culturalmente. Desde esta perspectiva, la diferencia sexual biológica, que condiciona a las mujeres por la carga reproductiva, se traduce en privilegios hacia los varones, que se esfuerzan en mantener ese sistema discriminatorio de clases sexuales, aun cuando la humanidad ha alcanzado un desarrollo técnico que permitiría superar el condicionamiento natural.

Luego de la segunda ola, han habido grandes esfuerzos de teóricas feministas y queers



en mostrar, por un lado, que las experiencias de opresión no son unicasuales y homogéneas, sino que se configuran en la intersección de diversos clivajes de desigualdad (Crenshaw, 1995) y, por el otro, que alcanzan a quienes no se ajustan a las normas del sistema sexo-género, y no solo a las mujeres (Rubin, 1989). Sin embargo, en el contexto de la cuarta ola feminista, se produjo una cierta revitalización de categorías como “patriarcado” -o “despatriarcalización”-, que, si bien circularon mayoritariamente y fueron reapropiadas por/en los espacios de militancia (Jones; Blanco, 2021), también los desbordaron y alcanzaron a espacios y sujetos no militantes, adquiriendo diversos sentidos, dimensiones e interpretaciones.

Con el objetivo de indagar en el grado de reconocimiento de desigualdades estructurales y en el conocimiento de la heterogeneidad de perspectivas feministas, les preguntamos a los entrevistados si conocían el término “patriarcado” y si pensaban que vivimos en una sociedad patriarcal. En todos los casos, la respuesta fue afirmativa: aseguraron conocer el término, reconocieron la existencia de una “estructura patriarcal” y se posicionaron críticamente entendiendo que esta debería ser revertida. Sólo uno de los entrevistados respondió que no cree vivir en una sociedad patriarcal.

Sin embargo, varios de ellos explican que su acercamiento a este término se produjo a partir de conversaciones que han mantenido con sus familiares o amigas cercanas (aquellas que identifican como feministas) o bien a partir de escuchar hablar a alguna amiga, de charlar con otras mujeres, o bien a partir de recibir información a través de redes sociales en el contexto del Ni Una Menos, es decir que se trata de un acceso mediado por la circulación de dicha categoría en ese contexto, y en ningún caso de un conocimiento teórico-político de “primera mano”, lo cual puede conllevar sentidos diversos, ideas contradictorias o hasta confusas respecto a sus definiciones teóricas surgidas en las perspectivas feministas:

Yo he tenido muchas charlas con mi ex acerca del patriarcado y de lo que significa, de cómo está presente en nosotros. Y un ejemplo que me viene ahora a la mente es que el hijo tiene el apellido del hombre y no el apellido compartido o el apellido de la mujer. Te ponés a pensar por qué pasa eso, por qué el apellido del hombre es más importante que el de la mujer. Pero sí, sé lo que hace, sé lo que es y sé cómo está representado en la vida. Esto de los roles en la casa, la mujer cocina y el hombre va a trabajar, que de a poco se está saliendo. Y no sé si es patriarcado, pero ponele... no, eso no es patriarcado, nada que ver (Mateo).

En cuanto al grupo mayoritario de varones que identificaron a las claras la existencia o la vigencia de estructuras patriarcales, en al menos cuatro casos, las respuestas se direccionaron al ámbito familiar, a la división sexual del trabajo y a la posición de autoridad masculina. Uno de los entrevistados, Manuel, de 50 años y de profesión músico, se refirió a este tipo de estructura familiar/patriarcal como una configuración “instituida”, tradicional, arcaica y atrasada que, según él, pervive en territorios rurales:



Manuel: (...) en Balcarce, a 68 kilómetros, en Otamendi, Fiesta de la papa, yo he sentido y he visto una familia instituida solamente desde el lugar patriarcal, lo he visto, lo he sentido.

Entrevistadora: ¿Y cómo sería?, ¿qué es lo que viste?

Manuel: Pavadas, qué se come hoy solamente decidido por una persona. Muchos días, veces. Está instalado que vos tenés que hacer esto, ir a buscar esto, está fijo. Lo vi, lo sentí en dos lugares, acá a 70 kilómetros, no en Chaco. Y si decide, decide el jefe de familia.

Como decíamos, en sus respuestas se advierte una mirada del patriarcado que lo define como un orden autoritario, arraigado en determinados territorios y sujetos, poniendo en juego lo que Casado Aparicio (2012) denomina “narrativa del progreso”, es decir, una narrativa que identifica el orden patriarcal como parte de un pasado de dominación, del que nos alejaríamos por la senda del progreso (pp. 10-11). De este modo, el patriarcado no sólo queda “inmovilizado” como expresión extemporal de las relaciones de género (IBID., 2012), sino también anclado en territorios y sujetos caricaturizados, representados como otredades.

Por su parte, Ismael, animador/realizador audiovisual de 33 años, en pareja y sin hijos, creyó conveniente incorporar la pregunta por la experiencia de las mujeres y los motivos que las llevan a postergarse profesionalmente en pos del proyecto familiar:

Yo creo que existe el patriarcado, existe esa cosa de... bueno, yo te decía, mi familia, mi mamá era la que se quedaba en casa con los chicos, mi papá es el que se iba a trabajar, mi mamá es la que no desarrolló sus propias metas, pero a la vez fue una elección. Entonces yo lo pienso: ¿es o no es?, es una elección también de ella quedarse con los chicos y no desarrollarse en lo suyo, porque si bien fue durante toda una etapa, después cuando nosotros ya éramos más grandes, no lo hizo tampoco, entonces: ¿es o no es?

Si bien la falta de realización profesional de su madre se presenta inicialmente en el relato como una pregunta, y por tanto como un problema/causa de un posible malestar, se explica como resultado de una elección personal. De esta manera, prevalece una idea del patriarcado más cercana a una forma establecida y naturalizada, pero armoniosa, de organización familiar donde está ausente la dimensión del poder y de los mandatos de género.

Desde otra postura, dos de los entrevistados situaron al patriarcado por fuera del ámbito familiar, como una dimensión presente o transversal a diferentes ámbitos sociales e interpersonales. Uno de ellos es Nathel, de 28 años, periodista, soltero y sin hijos, quien reconoció lógicas patriarcales de funcionamiento en el espacio de la política, los sindicatos, la ciencia, el mercado y la sexualidad:

Porque los hombres siguen ocupando más lugares de poder, creo que los ámbitos de toma de decisión, se ve en el plano político y en el plano sindical, bueno, el plano sindical también es político, pero los lugares de liderazgo, ni hablar, lo legislativo también. Ahora con la despenalización del aborto hay un avance pero desde al lado de la ciencia también porque siempre se ha metido hasta la médula, cámaras y cámaras en el cuerpo de las mujeres para intervenirlo y el cuerpo de los hombres por ejemplo para métodos



anticonceptivos, no hay un desarrollo teórico similar, me parece. Espero no estar diciendo una burrada pero creo que va por ese lado. Lo mismo en lo que es a nivel mercado, el precio rosa, que generalmente los productos femeninos tienen un valor superior de mercado a los productos indicados como masculinos.

Por su parte, Gastón vinculó el patriarcado con una posición de superioridad del hombre por sobre la mujer e hizo referencia específicamente al sexismo en el ámbito del trabajo: “Siempre lo asocié sin preguntar, sin averiguar nada, pero al tema de que el hombre está posicionado arriba, sobre la mujer. Siempre los jefes son hombres, los hombres ganan más que las mujeres, si alguien es débil, te dicen ‘sos una nena’”.

También vale mencionar una recurrencia en la percepción de tres entrevistados que hicieron hincapié en la cuestión temporal al sostener que antes el patriarcado era más intenso, y que en cambio ahora su deconstrucción trae como resultado cambios sociales positivos. Por ejemplo, Adrián mencionó la tecnología como un factor que ha contribuido a reducir las condiciones de desigualdad en lo que hace a las tareas de crianza:

Tanto un hombre como una mujer pueden hacer tareas domésticas, criar, etc. Y hoy hay un millón de tecnología para... creo que el pecho es necesario, pero creo que hay un reemplazo. No estoy cien por ciento seguro, pero creo que hasta para eso hay un reemplazo y que el hombre puede cumplir ese rol en la crianza.

Fernando, si bien identifica al feminismo como un factor dinamizador de las estructuras patriarcales, que está tomando “relevancia” y “visibilidad”, el alcance de los cambios y de la igualdad, encontraría su límite en la rigidez de dichas estructuras y en el carácter esencialmente patriarcal de lo social: “La figura del feminismo va tomando más relevancia que lo que va bajando el patriarcado. No creo que el patriarcado deje de existir nunca”.

Por su parte, Tomás si bien reconoció “un montón” de cambios en el ordenamiento patriarcal, puso en duda su profundidad o su veracidad: “sigue habiendo un montón de cosas del patriarcado porque sí, se ven en la diaria, pero cambió un montón. Igual cambió un montón del pico para afuera, porque esa es otra”. Para finalizar, sólo uno de los entrevistados dijo haber escuchado alguna vez el término “patriarcado”, pero negó su existencia: “Creo que no vivimos en una sociedad patriarcal, pero por ahí al ser varón no me estaría dando cuenta de que sí lo estamos. No sé, qué sé yo, al estar tranquilo por ahí no me di cuenta que yo estoy siendo un privilegiado, supuestamente” (Pedro).

A pesar de que casi todos los entrevistados afirmaron reconocer la existencia del patriarcado, muchas veces como una organización familiar que “está afuera” de sus entornos (sea en el pasado o en otras regiones), es la noción de privilegios la que parece haberlos incomodado



con mayor intensidad. Esto podría explicarse a partir de las diferencias de escala donde, según los entrevistados, operarían estas nociones -dado que en rigor de verdad ambos conceptos suponen dimensiones estructurales-. Así, mientras el término patriarcado remite a un nivel más sistémico del ordenamiento de género, la crisis de este orden en la cuarta ola ha habilitado en las discusiones públicas la idea de privilegios como prácticas y creencias que es necesario revisar y por lo tanto como un nivel más próximo a las experiencias individuales.

El concepto de privilegios masculinos o dividendo patriarcal, es un concepto medular de los estudios de masculinidades. La socióloga australiana Raewyn Connell fue quien lo acuñó, en la década de 1980, cuando señaló, como ya dijimos, que si bien no todos los varones encarnan férreamente la dominación masculina, todos obtienen un “dividendo del patriarcado”, material y simbólico (Connell, 2005). Esta conceptualización echó luz sobre el proceso de reproducción del patriarcado, en el cual tienen un lugar relevante las relaciones de complicidad con el proyecto hegemónico de género. Al utilizar la idea de hegemonía, la autora descarta la existencia de un modelo de control cultural y resalta la dimensión dinámica del orden de género, el cual está sujeto al cambio en tanto es producido, reproducido y también contestado.

Sin embargo, al realizar un balance de los usos del concepto “masculinidad hegemónica”, veinte años después de su formulación, planteó, junto con el sociólogo estadounidense James Messerschmidt, la necesidad de reformular algunas cuestiones importantes implicadas en su formulación original, entre ellas, “construir mejores formas para entender la jerarquía de género, escapando al patrón único de poder entendido como “la ‘dominación global’ de los hombres sobre las mujeres” (Connell; Messerschmidt, 2021, p. 48). En este sentido, otros autores han puesto de relieve que es necesario construir una mirada interseccional para romper con la comprensión universal y dicotómica del privilegio como algo que uno tiene o no tiene y explorar la dinámica de tener privilegios en una esfera y no tenerlos en otras (Kimmel; Coston, 2012, p. 161).

Sin embargo, en contextos donde el orden de género entra en crisis, como sucede con la cuarta ola feminista, los varones son interpelados a “cuestionar sus privilegios” y este asunto ingresa en el debate público, en gran medida, como un tema de revisión de prácticas y creencias individuales, y no tanto de cuestiones estructurales. Como ha señalado Andrea Smith (2013):

La política de privilegios ha hecho la importante contribución de señalar cómo las estructuras de opresión constituyen lo que somos como personas. Sin embargo, a medida que los rituales de confesión de privilegios evolucionaron, han cambiado nuestro foco desde la construcción de movimientos sociales para la transformación global, hacia la auto-superación individual (9).

Más allá de que el enfoque individualista obtura la reflexión y la acción social para un



cambio global, al producir interpelaciones personales, la pregunta por los privilegios continúa siendo incómoda para muchos varones. Al hacer esta pregunta de manera directa bajo la formulación “¿Consideras que tenés privilegios por ser varón?”, detectamos algunas cuestiones interesantes.

Por un lado, varios de los entrevistados no consideraron que tuvieran ningún tipo de privilegio y algunos afirmaron, además, que en la actualidad son las mujeres quienes detentarían privilegios y los varones quienes sufrirían la presión de los mandatos de género:

Yo no veo ningún privilegio. En mi empresa donde estoy yo ahora directamente contratan más mujeres que varones. Estoy lleno de compañeras mujeres (...) en mi experiencia, no veo una desigualdad. Si veo una presión para mí, para el varón de tener que hacer o que estudiar (...) se espera que el hombre sea el macho proveedor, el hombre siempre es el que tiene que invitar, ser el caballero y todo lo demás (Pedro).

En línea con nuestros hallazgos, Sanfélix Albelda y Téllez Infantes (2021), en una investigación que indaga sobre las percepciones de los varones sobre los privilegios masculinos, señalan que “la idea del privilegio suele no ser reconocida ni estar presente en los relatos de los varones” (8) y asocian esta ausencia a una reacción “posmachista” (Lorente, 2021) donde la creencia en una falsa igualdad de género se trama con la sensación de pérdida del *statu quo* de dominación.

Por otro lado, entre quienes sostuvieron que existen privilegios vinculados a la masculinidad, se refirieron al acoso y la violencia sexual, es decir, los asociaron a una cuestión de ocupación del espacio público y de opresiones en las relaciones íntimas, así como a las asimetrías en torno a los estándares exigidos sobre el cuidado y la presentación pública de la persona, que revelan la percepción de una mayor sexualización o “cosificación” hacia las mujeres:

Privilegios como el de salir a la calle a la noche tranquilo, sin preocuparme, por ejemplo. Estar rodeado de grupos de hombres y estar tranquilo, mientras que una mujer se puede llegar a sentir incómoda en determinados contextos. Pensando también lo que se le exige en cuanto a apariencia a la mujer, que tiene que estar siempre peinada, bien arreglada. Yo a veces salgo con lo que tengo puesto, o me pongo la misma ropa tres veces seguidas y no pasa nada (Nathel).

Otros, los vincularon con desigualdades en la división sexual del trabajo, tanto en el mercado laboral como en el mundo doméstico. De este modo, la noción de privilegios masculinos aparece en sus relatos asociada y solapada con situaciones que implican la falta de acceso de las mujeres a ciertos derechos o el impacto diferencial de la desigualdad. Como señala Delgado (2019):

Muchos de los privilegios masculinos que suelen mencionarse tienen algo en común: no resultan privilegios en sí mismos, sino que se convierten en privilegios cuando a las mujeres se les niegan derechos como el de un sueldo equitativo, seguridad urbana, no ser cosificadas sexualmente o no ser desvaloradas a priori (Delgado, 2019, párr. 9).

Estas ideas fueron expresadas por Mateo, que señaló que desde su perspectiva, no era que



los hombres tuvieran más privilegios que las mujeres, sino que a estas “les faltaban condiciones de igualdad”.

En esta misma línea, la expresión de Pedro citada más arriba, “por ahí no me di cuenta que yo estoy siendo un privilegiado, supuestamente” podría estar vinculada, no tanto con un no saber/ no darse cuenta de sus privilegios, como con una creencia de que, a fin de cuentas, no constituyen en sí mismos “privilegios”, sino prácticas y posiciones que deberían ser accesibles para todos y todas, en sintonía con una mirada liberal del género. De cualquier manera, la desidentificación con el -supuesto- lugar privilegiado, también deja entrever las dificultades del feminismo para entablar diálogos con los varones, vinculadas a modos de hablarles mediante formas esencialmente acusatorias y cancelaciones generalizadas.

Como ocurre en momentos donde se transforma el orden de género, ciertas prácticas y expectativas vinculadas a la masculinidad son disputadas y mientras algunos varones insisten en la reproducción de patrones tradicionales propios de la masculinidad normativa, otros apuntan a la transformación hacia patrones más igualitarios. En este sentido, Nicanor reflexionaba sobre lo siguiente:

Me ha pasado con mi hija. Uno se separa. Y también hubo ahí cierto, no sé si decir privilegio de la mujer, porque yo lo veo como privilegio de la mujer, pero por ahí muchos hombres según la lógica que lo piensan, lo ven como una escapatoria, que se haga cargo la mujer del hijo. Pero cuando uno quiere luchar por el mismo tiempo con su hijo, con su hija, te ponen trabas o incluso sos cuestionado.

En su relato, la preeminencia de las mujeres en el cuidado de los hijos es pensada como un privilegio para aquellos varones que no quieren hacerse cargo de las tareas de cuidado y como una desigualdad para los que intentan construir vínculos familiares más igualitarios.

En este sentido, si bien existe una circulación del término “patriarcado” más allá de los ámbitos militantes de izquierda, e incluso un saber en torno de su carácter estructural e histórico, este reconocimiento parece interpelar a los varones a adoptar una actitud de mayor pasividad e inercia frente a lo que se presenta como un sistema demasiado rígido y difícil de revertir. Contrariamente, la noción de “privilegio”, a juzgar por las reacciones de los entrevistados, moviliza otros repertorios, y resulta más efectiva en términos de incomodar las estructuras generizadas de poder que sostienen y reproducen los sujetos en la esfera de las relaciones interpersonales (Jones; Blanco, 2021).

### **Machismo: entre el reconocimiento y la desidentificación**

A la par de la interpelación para “abandonar tus privilegios”, la cuarta ola feminista ha multiplicado los llamados a que los varones (hetero-cis), revisen, desaprendan y abandonen ciertos pensamientos y actitudes considerados como “machistas” y “patriarcales” (Vespucci;



Martynowskyj; Ferrario, 2023). Estos suelen ser identificados como constitutivos de la producción de ciertas masculinidades, principalmente de aquella considerada usualmente como “masculinidad hegemónica” (Jones; Blanco, 2021). Así, algunos autores sostienen que el machismo se ha vuelto sinónimo de “masculinidad hegemónica”, caracterizándola como un conjunto de atributos más o menos fijos que se adjudican a los varones considerados “machistas” (Connel; Messerschmidt, 2021). No obstante, al explorar los testimonios de los entrevistados, se identifica cierta heterogeneidad en sus percepciones acerca de qué constituye el machismo, qué rasgos detentaría un “varón machista”, y si ellos mismos se reconocen con esa identificación.

En líneas generales, los entrevistados conciben el machismo como un conjunto de pensamientos y prácticas perpetradas principalmente por hombres hacia mujeres, aunque algunos testimonios también mencionan el machismo dirigido hacia disidencias sexo-genéricas. Cuando les consultamos acerca de qué consideraban como machismo, la mayoría de los entrevistados lo definió a partir de dos dimensiones: como un pensamiento que implica la creencia en la superioridad masculina, y como una práctica que se traduce en acciones que menosprecian tanto a mujeres como a aquellos hombres que no cumplen con los rasgos “esperados” para la masculinidad hegemónica. En otras respuestas, el machismo fue definido a partir de una combinación de ambas dimensiones. En esta última dirección, Nicanor, al preguntarle que era el machismo para él, respondía:

Nicanor: Yo creo que pensar desde la lógica del machismo es pensar en un sentido de inferioridad de unas personas de un género por sobre otras. Y desprestigiar a aquellas personas que no cumplan con ciertos estereotipos de la figura de un hombre, que sería el superior, pregonar o debiese ser. Hablo básicamente de lo que serían las personas homosexuales, el machismo eso no lo tolera. Vuelvo a insistir que es una forma de pensar, no una forma asignada a las personas.

Entrevistadora: ¿Una forma de pensar y también de actuar o más que nada de pensar?

Nicanor: Una forma de pensar el mundo y que eso involucra ciertas acciones y ciertos mensajes a transmitir. Qué sería hoy para mí pensar rápidamente no desde una lógica machista, bueno, todo lo que estuvimos hablando, el tema de con cuántas mujeres uno puede estar, como así también qué roles tendría que desempeñar cada uno, por ejemplo que el hombre tenga cierta superioridad en el espacio común de la familia porque sería la persona que trabaja, una mujer tendría que estar en lugares secundarios como el orden de la casa y la crianza de los hijos o las hijas, supongamos que el hombre siempre tenga que ejercer trabajos que son considerados de fuerza.

Respuestas como las de Nicanor sugieren que la creencia en la superioridad masculina impulsa una “lógica machista” que se materializa en prácticas concretas. La mayoría de los entrevistados que enmarcan el machismo dentro de esta perspectiva lo ilustran con ejemplos vinculados a estereotipos de género. Estos ejemplos pueden considerarse manifestaciones de micromachismos. Esto es, pequeños y cotidianos ejercicios de poder que resultan casi imperceptibles (o al menos lo eran antes de que la masificación feminista colaborara en señalarlos y denunciarlos), pero que sirven para mantener ciertos privilegios masculinos sin que sus perpetuadores sean etiquetados



como machistas (Bonino, 2004). Específicamente, los entrevistados hicieron referencia a prácticas vinculadas a la distribución de tareas domésticas según el género, como aquellas que ubican a las mujeres en el espacio del hogar y designan las prácticas de cocina y limpieza como “típicamente” femeninas: “machista de pensar que una mujer tiene que estar en la casa limpiando y lavando” (Tomás). También mencionaron las que consideran a las mujeres menos capaces para llevar a cabo algunas actividades “típicamente” masculinas como la conducción: “decirle a una mina que vaya a lavar los platos porque según vos, manejó mal, porque te frenó de golpe cuando estás manejando” (Nathel).

Resulta interesante que, en todas estas ejemplificaciones, los entrevistados buscaron distanciarse de dichos micromachismos, ya sea señalando que no compartían esas ideas, dado que tenían amigas o conocidas que demostraban capacidades para actividades consideradas tradicionalmente como masculinas, y/o destacando que ellos, pese a ser varones, carecían de algunas de esas competencias. Por ejemplo, Manuel afirmaba: “te puedo decir dos millones de gestos machistas: ‘Déjame a mí que el asado lo hago yo’. Y yo no sé prender fuego. 50 años y no sé prender el fuego y he estado con mujeres que hacían un fuego de la conferencia de la lora, re bueno”. De una forma similar Fernando comentaba: “el manejo de auto es un clásico que muchas veces voy con un amigo, alguien se manda una cagada y decimos: ‘ah, seguro es mujer’ y yo no sé manejar, por ejemplo” (Fernando).

En un segundo espectro de definiciones y en una menor cantidad de respuestas, podemos identificar tres nociones que caracterizan al machismo: en primer lugar, se define como un fenómeno derivado de la homosociabilidad, entendido como una práctica que se habilita y restringe a partir de la interacción con otros varones. En segundo lugar, se concibe como una expresión de violencia hacia el otro género, principalmente en términos de violencia física, marcando así una distinción con respecto a prácticas que podrían considerarse como micromachismos. Por último, se conceptualiza el machismo como la objetualización sexual de las mujeres, destacando la existencia de una doble moral sexual que censura las prácticas eróticas femeninas mientras enaltece las de los varones.

Además de los intentos por definir, caracterizar y ejemplificar el machismo, los entrevistados respondieron a la pregunta de si se identificaban como machistas o si en algún momento se habían identificado de ese modo. Es notable que en estas respuestas no se observaron tantas heterogeneidades. Con pocas excepciones, casi todos los entrevistados buscaron distanciarse y desidentificarse de esa caracterización, afirmando que no se consideraban machistas al momento de la entrevista y que tampoco consideraban haberlo sido en el pasado. La desidentificación con el machismo fue atribuida a distintas razones. Por ejemplo, Diego argumentó que no se consideraba



machista debido a su crianza entre mujeres: “Particularmente mucho no y pienso que tiene que ver con que yo viví entre tres mujeres. O sea, me crié entre tres minas, entonces es más difícil”. En una línea similar, Fernando, afirmó no ser machista debido a su crecimiento en lo que él consideraba un entorno y contexto cultural feminista: “yo crecí bastante con la idea de la imagen del feminismo y todo eso, no es que es de ahora de los últimos tres años, o sea, a mí desde los quince..., donde empecé a madurar como persona, ya estaba existiendo eso”.

En otros casos, como el de Ramón la desvinculación con el machismo se produjo simplemente porque lo consideraba inadmisibles: “El machismo es una forma del fascismo, es un horror. Uno no quisiera ser eso”.

En una menor cantidad de casos, el machismo se presenta como una identificación de la que se distancian en el presente pero que sin embargo reconocen en su pasado personal. Es decir, admiten haber sido machistas en el pasado, el que suele ser ubicado temporalmente en la adolescencia y en los contextos de homosociabilidad escolares y deportivos. Así lo narró Nathel:

Creo que hoy por hoy trato de reducirlo al máximo, pero en su momento me acuerdo tener quince años y hacer un chiste sobre travestis. No lo hacía todo el tiempo, pero me acuerdo que en esa época hacía un chiste así, hoy por hoy no lo haría. No me considero el más deconstruido ni mucho menos, pero creo que intento ser lo más abierto de mente posible.

En las respuestas de otros entrevistados que también reconocían al machismo como una característica de su pasado personal, el período de identificación, aunque se extendía en el tiempo, seguía asociándose a la homosociabilidad. Por ejemplo, Javier señaló: “Hasta los treinta fui un machista, mis vínculos, como te digo, eran esta gente del colegio, venía con mi pareja muy tradicional, rumbeando a hacer eso”.

Solo dos de los entrevistados se identificaron como machistas en el presente, pero argumentaron estar transitando un proceso de transformación radical, despojándose de pensamientos y prácticas que consideraban “indeseables”. Por último, un entrevistado que expresó haberse desvinculado del machismo compartió que era constantemente “acusado” por sus compañeras de trabajo de ser machista, algo que no solo no comprendía, sino que rechazaba. Al igual que Pedro, a quien no terminaba de hacerle sentido la idea de que tenía privilegios, el desconcierto de este entrevistado respecto de su caracterización como machista podría ser leído como el efecto de un desfase entre cierto encuadre feminista que identifica como machistas, principalmente, a los varones que tienen actitudes tradicionales y/o autoritarias; y su experiencia en las relaciones de género, principalmente con su pareja, que él considera más igualitaria en comparación con las de sus padres y sus abuelos.



Aunque la mayoría de los entrevistados no se identificaron como machistas ni en el presente ni en su pasado personal (incluso aquellos que admitieron haber sido etiquetados por otras personas de esa manera), en otros momentos de las entrevistas reconocieron que, sin quererlo, podrían estar reproduciendo ciertos pensamientos y prácticas machistas. No obstante, al no ser esta reproducción un acto deliberado, sino más bien “involuntario”, no se consideraban merecedores de esa identificación, lo que resulta congruente con concebir el machismo como un valor moral o creencia en la superioridad masculina que se expresa en acciones de desprecio hacia las mujeres antes que en posiciones, prerrogativas y derechos desiguales. En este contexto, Diego que no se reconocía como machista, argumentando haber sido criado por mujeres, afirmó que podía estar inadvertidamente reproduciendo algunos pensamientos o prácticas machistas:

Sí he tenido seguramente expresiones machistas, millones, pero por las relaciones con amigos y lo que vos ibas repitiendo de lo que escuchabas con tu grupo de amigos. Si pienso, seguro... no te voy a decir que yo era un... pero en lo sincero, en lo real sí, porque después la pelotudez que yo puedo repetir con vos con el otro al lado, bueno, puede ser, pero no me considero que de fondo realmente sea machista.

Como se ha podido advertir, tanto en la pregunta sobre el patriarcado como sobre el machismo, los entrevistados reconocen su incidencia en el plano de lo social pero se esfuerzan por distanciarse de ambos en el plano de sus experiencias individuales, relegándolos a creencias y prácticas ubicadas en el pasado, alejadas en el espacio, o atribuibles a resabios en torno a visiones estereotipadas (“la visión machista sobre la mujer”) que ya estarían caducas, tal como se ha detectado en otras investigaciones sobre “violencia de género” (Casado Aparicio, 2012).

### Conclusiones

En el presente artículo hemos analizado los resultados parciales de una investigación en curso sobre el impacto de la cuarta ola feminista en las representaciones y prácticas sexoafectivas de varones cis heterosexuales de clase media. El instrumento cualitativo utilizado (una guía semiestructurada de respuestas abiertas) nos permitió capturar tanto las representaciones recurrentes como singulares de los entrevistados, previo a un trabajo de análisis y codificación de los datos realizado de manera colectiva. Las entrevistas, en cambio, se llevaron adelante de manera individual por los/as integrantes del equipo, explicitando ciertos objetivos de la pesquisa y la pertenencia a un grupo de investigación sobre estudios de género y sexualidades. Estas marcas y adscripciones merecen ser tenidas en cuenta a la hora de contextualizar el dispositivo con el que fueron producidos los datos, así como para mensurar la validez o el alcance de los mismos.

Asimismo, es pertinente considerar que las entrevistas fueron realizadas durante el año



2022, poco tiempo después de que la cuarta ola feminista atravesara las coyunturas más intensas de sus reclamos y de su despliegue como movimiento, entre el inicio del Ni Una Menos en 2015 y la sanción de la Ley de interrupción voluntaria del embarazo en 2020. Aunque en el último año se han amplificado y diseminado reacciones antifeministas que apuntalan un neoconservadurismo moral, es indudable el poder de interpelación social, cultural y político que ha tenido y sigue teniendo el feminismo, en particular sobre varones cis heterosexuales de sectores medios, como hemos podido advertir en este informe. En efecto, prácticamente la totalidad de los entrevistados posee un registro bastante nítido de la presencia y el crecimiento del feminismo en la escena pública. A través de diversas experiencias, vínculos y conversaciones con mujeres feministas, consumos culturales marcados por consignas y estilos feministas, e incluso ejercicios reflexivos acerca de la pertinencia o no de participar/acompañar la cuarta ola, han contribuido a legitimar en cierta medida al movimiento masivo de mujeres como un interlocutor ineludible.

Constatado esto, las conceptualizaciones acerca de qué es el feminismo, las maneras en que interpretan y valoran tanto sus reclamos históricos como las consignas de la cuarta ola, y los modos en que esto transformó o no sus percepciones y sus prácticas sexo-afectivas, no son en absoluto uniformes, aunque es posible detectar recursividades y singularidades. En esta dirección, el feminismo que aparece mayoritariamente legitimado y moralmente concebido como “el buen feminismo”, remite a la tradición liberal de la igualdad formal de derechos. Inversamente, y en oposición, emerge en sus representaciones un feminismo radicalizado que cuando reclama por desigualdades y ampliación de derechos más allá de la igualdad formal, es concebido como “fanático”, “extremo” y en algunas ocasiones fue observado bajo la sospecha de que “odia a los hombres”.

En esta última clave, la atribución de esta supuesta disposición odiente fue considerada ilegítima por responder al “fanatismo” o al imaginario de “mujeres dañadas” por sus historias personales de vida. En cambio, la conceptualización de aquel feminismo legítimo les permite a muchos hombres circunscribir las desigualdades y las violencias de género de orden estructural al accionar de “hombres machistas” y “malos hombres”, reconociendo rara vez en sí mismos algún rasgo “machista”, una posición dominante o algún privilegio. Como hemos advertido, las representaciones de estos varones cis heterosexuales acerca de las relaciones de género y del feminismo, están atravesadas fuertemente por un lenguaje moral e individualizante.

Para finalizar, queremos hacer hincapié en algo que resulta relevante a la hora de pensar la receptividad de las demandas y horizontes feministas y las posibilidades de transformación del orden de género. Dos hechos que a priori parecerían dar cuenta de fenómenos de distinta índole,



como es el desconcierto y la incomprensión que algunos entrevistados manifestaron frente a ciertos encuadres feministas y que expresaron en frases como “supuestamente tengo privilegios” y “me acusan de ser machista”, y el hecho de que todos destacaron conocer y vincularse con mujeres feministas y haberse interiorizado a partir de dichos vínculos con las demandas y lenguajes de este movimiento, nos permiten pensar que la posibilidad de interpelación de este movimiento depende menos del llamado de sus referentes a través de sus herramientas teóricas, que de la sintonización de dichos encuadres con las experiencias de los sujetos. Lo cual ha sido posible no sólo por la masificación de los lenguajes y demandas feministas y su impacto en la vida de las personas, un fenómeno que se viene sedimentando desde hace por lo menos cinco décadas, sino también por transformaciones estructurales en las familias, el trabajo y los vínculos sexo-afectivos.

---

### Referencias

- AGUAYO, F.; NASCIMENTO, M. 20 años de Estudios de Masculinidades en América Latina. *Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana*, p. 207-220. 2016.
- ARRUZZA, C.; BHATTACHARYA, T.; FRASER, N. *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Herder, 2019.
- AZPIAZU CARBALLO, J. *Masculinidades y feminismo*. Barcelona, Virus Editorial, 2017.
- BARRY, K. Teoría del feminismo radical. En AMORÓS, C.; DE MIGUEL, A. (Eds.), *Teoría feminista de la Ilustración a la globalización*. Del feminismo liberal a la posmodernidad. Minerva Ediciones. 2010.
- BONINO, L. Los micromachismos. *La Cibeles*, n. 2, nov. 2004.
- CASADO APARICIO, E. Tramas de la violencia de género: sustantivación, metonimias, sinécdoques y preposiciones. *Papeles del CEIC*, n. 2, pp. 1-28. 2012.
- CIRIZA, A.; RODRIGUEZ, E. Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP. En Anuario de Investigación del CEDINCI, *Políticas de la Memoria*, n.5, 85-92. (2004-2005).
- CONNELL, R. W. *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- CONNELL, R. W.; MESSERSCHMIDT, J. W. Traducción de DE STÉFANO BARBERO, M. ; MORCILLO, S. Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 6, 32-62. <https://doi.org/10.46661/relies.6364.2021>.
- DELGADO, L. *¿Existen los privilegios masculinos? El Salto*.



Disponibile en [https://www.elsaltodiario.com/opinion/existen-los-privilegios-masculinos-?fbclid=IwAR3EK5cW4RX1o\\_zkSOLPipHymHqzi879cxti2vX\\_irJcMY9H1W4qhKm5ql0](https://www.elsaltodiario.com/opinion/existen-los-privilegios-masculinos-?fbclid=IwAR3EK5cW4RX1o_zkSOLPipHymHqzi879cxti2vX_irJcMY9H1W4qhKm5ql0). 2019.

FABBRI, L. Micromachismos, porongueo y complicidad. Resistencias de los varones cis a los procesos de despatriarcalización. MAFFÍA, D. (compiladora), *Intervenciones feministas para la igualdad y la justicia*, 137-149. 2020.

FABBRI, L (comp.). *La masculinidad incomodada*, UNR Editora. 2021.

FIRESTIONE, S. *La dialéctica del sexo*. En defensa de la revolución feminista. Editorial Kairos, 1976.

HOOKS, B. *The will to change*. Men, masculinity and love. Washington Square Press, 2004.

HOOKS, B. *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de sueños. 2017.

JONES, D.; BLANCO, R. Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género. En: FABBRI, L. (comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 5-60). UNR editora - Homo Sapiens ediciones. 2021.

KAUFMAN, M. Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En: VALDÉS, T.; OLAVARRÍA, J. (eds.): *Masculinidad/es. Poder y crisis*. ISIS-FLACSO, Ediciones de las Mujeres, (24), p. 63-81. 1995.

KIMMEL, M. Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: VALDES, T.; OLAVARRÍA, J. (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres, (24), p. 49-62. 1997.

KIMMEL, M.; COSTON, B. Seeing Privilege Where It Isn't: Marginalized Masculinities and the Intersectionality of Privilege. *Journal of Social Issues* 68(1), 97-111. DOI: 10.1111/j.1540-4560.2011.01738.x, 2012.

LORENTE ACOSTA, M. El Posmachismo, trampas y resistencias contra la igualdad. En: FABBRI, Luciano (comp.). *La masculinidad incomodada*. UNR Editora, 2021.

MADRID, S, VALDÉS, T.; CELEDÓN, R (Compiladores). *Masculinidades en América Latina*. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género. Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2020.

MILLET, K. *Política Sexual*. Aguilar. ([1970]1975).

NATALUCCI, A. L.; REY, J. ¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres (Argentina, 2015-2018). *Revista de Estudios Políticos y Estratégicos*, v. 31, n, 2, p. 14-34. 2018.

OSBORNE, R. Debates en torno al feminismo cultural. En Amorós, C. y De Miguel, A. (comp.), *Teoría feministas: de la Ilustración a*



la globalización. Del feminismo liberal al posmoderno. Minerva Ediciones, 2010.

RUBIN, G. Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En VANCE, C. Placer y peligro. *Explorando la sexualidad femenina*. Editorial Revolución, 1989.

SÁNCHEZ, A.; VIALEY, L.. Varones y feminismos. Entre la incomodidad, el miedo y el cinismo. En: FABBRI, L. (comp.), *La masculinidad incomodada*. Rosario, UNR-HomoSapiens, 2021.

SANFÉLIX ALBELDA, J.; TÉLLEZ INFANTES, A. Masculinidad y privilegios: el Reconocimiento como Potencial Articulador del Cambio. *Masculinities and Social Change*, 10(1)1-24. <https://doi.org/10.17583/MCS.2021.4710>, 2021.

SCOTT, J. “Feminismo fin de siglo y la querelle des femmes”, *Mora*, Buenos Aires, n. 6, p. 19-37, 2000.

SEGATO, R.. *La guerra contra las mujeres*. Prometeo, 2018.

SMITH, A.. *El problema con el privilegio*. Traducción del inglés: Blas Radi. Acta Académica. <https://n2t.net/ark:/13683/pRud/ngk/1.pdf>. 2023.

TREBISACCE, C. Primera sección: los años setenta. En: TARDUCCI, M.; TREBISACCE, C.; GRAMMÁTICO, Karin. *Cuando el feminismo era una mala palabra: algunas experiencias del feminismo porteño* (p. 13-56). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Espacio Editorial, 2019.

VAGGIONE, J. M. El entramado neoconservador en América Latina. La instrumentalización de la ideología de género en las democracias contemporáneas. Las Torres de Lucca. *Revista internacional de filosofía política*, v. 11, n. 1, 51-64. <https://dx.doi.org/10.5209/itdl.79437>. 2022.

VESPUCCI, G., MARTYNOWSKYJ, E., FERRARIO, C. Esos hombres que hay que resetear: estereotipos masculinos e interpelaciones en la cuarta ola feminista en Argentina. *Pasado Abierto*, 0(17). <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/6945>. 2023

VIVEROS VIGOYA, M.. *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2022.



## ANEXO Caracterización de los entrevistados

Nombre	Edad	Lugar de Nacimiento	Estado Civil	Hijos	Convivencia	Nivel educativo	Ocupación
Fausto	30	Mar del Plata	Soltero/en pareja	No	Si	Universitario	Administrativo Empleado de comercio y dueño de vinería
Camilo	30	Mar del Plata	Soltero/en pareja	No	Si	Universitario incompleto	Profesor de matemática
Mateo	26	Mar del Plata	Soltero	No	No	Terciario	Docente Universitario
Ramón	38	Mar del Plata	Soltero/en pareja	No	No	Posgrado	Periodista
Nathel	28	Mar del Plata	Soltero	No	No	Universitario	Docente en Escuela Media
Nicanor	30	Mar del Plata	Soltero/en pareja	Si	Si	Universitario/Posgrado en curso	Abogado
Hugo	46	Mar del Plata	Soltero/en pareja	Sí	Si	Universitario	Viajero
Gastón	27	Mar del Plata	Soltero	No	No	Secundario	Médico
Julián	34	Mar del Plata	Soltero	no	No	Universitario	Juez y docente universitario
Felipe	42	Mar del Plata	Soltero/en pareja	Si	Si	Posgrado	Músico
Manuel	51	Mar del Plata	Soltero	No	No	Universitario incompleto	Trabajador de la construcción
Gustavo	44	Chile	Soltero/separado	Si	No	Secundario	Animador audiovisual
Ismael	33	Mar del Plata	Soltero/en pareja	No	Si	Universitario	Pintor
Mario	45	Mar del Plata	Soltero/separado	Si	Si	Secundario incompleto	Estudiante y trabajador administrativo
Joaquín	24	Mar del Plata	Soltero	No	No	Universitario en curso	Programador
Adrián	24	Mar del Plata	Soltero	no	No	Secundario	Arquitecto
Diego	33	Bahía Blanca	Soltero	No	No	Universitario	Programador
Pedro	25	Mar del Plata	Soltero	No	Si	Terciario incompleto	Abogado
Patricio	44	Mar del Plata	Soltero	Sí	Sí	Posgrado	



Fernando	25	Mar del Plata	Soltero	No	Si	Universitario incompleto	Estudiante de Lic. en Administración
Tomás	37	Mar del Plata	Divorciado/soltero	No	No	Universitario (privado) incompleto	Vendedor de autos
Brian	25	Mar del Plata	Soltero	No	No	Posgrado incompleto	Abogado
Javier	42	Mar del Plata	Soltero / en pareja	No	No	Posgrado	Ingeniero y docente universitario

